

# Para mirar y no usar

Isabel Rosado



Me gustaría ser presentada como una persona lega en cuanto a movimientos artísticos contemporáneos se refiere. Sin embargo, reconozco que, a pesar de mi escasa formación en el mundo del arte, he disfrutado viendo la exposición de Antonio López rodeada de turistas extranjeros y de casi la mitad de la población de Madrid. ¡Qué exposición más popular! ¿Es acaso esto algo negativo para el mundo del arte?, ¿se sienten ofendidos los artistas porque acuda “la masa” a este tipo de eventos?, ¿puede ser el arte un bien cercano a todos los ciudadanos? Sinceramente, creo que el mundo del arte sale ganando con este tipo de acciones, y no sólo por los pingües beneficios económicos obtenidos en las tiendas de los museos. ¿Es que acaso no se siente una humilde servidora más contenta cuando ve que puede disfrutar de algo que ha pagado con sus impuestos?

Al hilo de esta cuestión, cabe plantearse lo siguiente: ¿Cuál es la responsabilidad de las instituciones sobre la gestión cultural?, ¿Debe

la gestión pública ocuparse del “desarrollo cultural”? En este punto, entraríamos en un debate encarnizado sobre el concepto de cultura para unos y otros. Mientras que algunos son partidarios de subvencionar aquello que la gente demanda y que, por

“ Lo que parece estar claro para Beltrán es que el negocio enturbia el mundo del arte y que en época de confusión hay grandes artistas, pero también embaucadores. ”

tanto, genera beneficios económicos para empresas privadas, ayudadas por el Estado, otros creen que esto no es cultura sino negocio puro y duro. Para muestra un botón: China acumula el 40% de la cuota de mercado de arte internacional, según Art Prices. En ocasiones, sin embargo, la línea que separa ambas cuestiones no es tan clara.

En definitiva, el mundo del arte se nos presenta como algo complejo y lejano a todos aquellos que no pertenecemos a él, aunque nos guste. ¿Por qué una obra de Banksy, grafitero anónimo de origen inglés, merece estar colgada en las paredes del MOMA o de la TATE GALLERY?, ¿por qué asistimos absortos a la exposición de unos cadáveres humanos hace poco en Zaragoza? Si nos planteamos estas cuestiones, volvemos a caer en la pregunta de siempre: ¿qué vale y qué no vale en el mundo del arte? En realidad, desde una visión actual, podríamos responder que esta problemática tiene que ver más con la obsesión por clasificar a las cosas en compartimentos estancos. ¿Es que acaso un vestido de Dior o Therry Mugler no puede ser expuesto como un lienzo histórico en un museo?

A esta y a otras cuestiones tratamos de dar respuesta en la mesa redonda organizada por Erial Ediciones en el pasado mes de noviembre bajo un título más

que sugerente: Pablo Serrano, El museo en el mundo de hoy. Para ello, contamos con la presencia de Luis Beltrán, profesor titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Zaragoza; Concha Martínez Latre (Museo de Zaragoza); Llatzer Moix (La Vanguardia); y Manuel Medrano Marqués (Profesor de Historia de la Universidad de Zaragoza).

## “ Medrano: el tejido cultural de la ciudad tendría que tener más participación en este museo. ”

Tal y como señala Beltrán, parafraseando al propio Murakami, el problema del arte moderno en la actualidad es que “la realidad es insuficientemente irreal”. Así, un ejemplo de la irrealidad en la que vivimos está en el paseo de María Agustín. Concretamente hablamos del museo Pablo Serrano, espacio este último entendido como “edificio irreal con contenido vacío”. No obstante, este tipo de construcciones vienen a ser una tónica de lo que ocurre en el mundo occidental: lo que se ha dado en llamar “Generación Guggenheim”. Esto es, edificios pensados para otros usos alejados del meramente “artístico” y con un contenido en muchas ocasiones tildado de escandaloso. Ya sea una retrospectiva de Armani (con clara finalidad publicitaria), ya sea una exposición del eterno espíritu americano representado en las campañas publicitarias de los cigarrillos *Marlboro*. Lo que parece estar claro para Beltrán es que el negocio enturbia el mundo del arte y que en época de confusión hay grandes artistas, pero también embaucadores. Es igualmente un tiempo de despilfarro, por un lado, y de penuria, por otro.

Para Manuel Medrano, el arte se hace a partir de acciones y los precios gastados en construir museos en toda capital que se precie se marcan por caminos artificiales. De este modo,

el lavado de imagen del Museo Pablo Serrano es una continuación de lo que se lleva perpetuando en otras ciudades. La industria cultural es, por tanto, aquello que genera beneficios, obviamente.

A este respecto, señala que el planteamiento del placer contemplativo del profesional no es evidentemente el mismo que el del público general y que la difusión del todo el arte contemporáneo y de vanguardia aragonés en este museo sería una tarea ingente. Para Medrano la promoción del arte, por un lado, de la cultura contemporánea, por otro, implican conceptos distintos de museos.

Otra cuestión no exenta de polémica es el de las subvenciones que reciben este tipo de museo y el gasto que supone. En consecuencia, se necesitan 57000 euros al mes para mantener el museo. Sin embargo, la ayuda institucional que recibe es de 1000 euros al año.

Con burla fina, cree Medrano que lo mejor para provocar el éxtasis colectivo en torno al museo, y generar una mayor expectación, sería inflar las cifras de visitantes a base de visitas de institutos.

Como muy bien plantea, habría que redefinir la industria cultural y el semillero de iniciativas en las artes contemporáneas en este centro, dado que puede convertirse en algo similar al Centro de Historias. Para evitar esta situación, el tejido cultural de la ciudad tendría que tener más participación en este museo, dado que otras experiencias de este tipo en museos de ciudades españolas demuestran que esto es posible.

Por otro lado, Concha Martínez intenta buscar el razonamiento que explique la proliferación museística de estos dos siglos. Es indudable que este hecho tiene un origen en el afán por el coleccionismo de una élite intelectual. Consecuentemente, el surgimiento del museo contemporáneo es otro signo más de ostentación tras la llegada de la democracia ¿Simboliza esto la necesidad de huir de nuestros orígenes rurales? Evidentemente ¿Por

qué no se escatima en gastos antes de realizar estos museos?

De forma paralela al surgimiento de los museos de arte contemporáneo, ha renacido el interés por los museos etnológicos, dado que estos representan la sociología de la vida cotidiana basada en la confrontación entre urbano y rural. Tal y como señala Martínez, Durkheim podría dar una respuesta más que adecuada a esto, dado que los pequeños museos son una respuesta ante esta proliferación de grandes museos. Un buen argumento a favor del arte, entendido este último en sus múltiples versiones, es que el poder no se mide por el número de visitantes.

Pero, ¿cuál es verdaderamente el papel del museo? Podríamos comprobar que hay un consumo específico y distinguido dentro de los museos, en tanto que los buques insignia del mundo artístico viven de las grandes exposiciones. Vemos así que la industria cultural vive de la alienación de la gente común. Pero, ¿qué es verdaderamente la cultura popular?, ¿qué es la cultura de la elite?

## “ Concha Martínez: los pequeños museos son una respuesta ante esta proliferación de grandes museos. ”

Llatzer Moix, por su parte, comenta lo sucedido en los últimos veinte años en España dada la unión entre arquitectos estrella, presidentes autonómicos y alcaldes. Estos arquitectos, como las apariciones marianas, han deslumbrado a los pastores, en este caso, a los alcaldes. A estos arquitectos casi se les atribuyen dotes sobrenaturales: atraer turistas, relanzar la economía, cambiar la sociedad... Esto es, son los grandes cirujanos que realizan *liftings* urbanos.

Poner a la ciudad de turno en el mapa es indudablemente una forma de revalorizar una sociedad y una



**Puedes consultar los vídeos de la mesa redonda en nuestro canal de Erial Ediciones en youtube.**



Luis Beltrán Almería



Manuel Medrano Marqués



Concha Martínez Latre



Llatzer Moix

forma de crear guerras económicas entre ciudades. En esa guerra se ha visto la importancia de tener medios arquitectónicos y, así, la pujanza de una ciudad no se atribuye a una sociedad, sino a la magia de una forma arquitectónica. Asistimos a un espectáculo en el que los arquitectos estrella priman la forma y consideran la funcionalidad como reliquia del pasado. Los alcaldes, con poca experiencia con arquitectos estrella, no han sabido gestionar la situación y esto ha dado resultados negativos salvo en Bilbao, ciudad de origen de la epidemia museística.

“ Llatzer Moix: Los alcaldes, con poca experiencia con arquitectos estrella, no han sabido gestionar la situación y esto ha dado resultados negativos salvo en Bilbao, ciudad de origen de la epidemia museística. ”

Todos recordamos a la ciudad de Bilbao como una urbe en crisis durante los años ochenta. Entonces, se unieron la administración vasca, la fundación Guggenheim y también un arquitecto que aún no había dado aún el do de pecho porque no había ninguna ciudad que estuviera dispuesta a asumir esto. Estos tres pilares colisionaron con fortuna en este museo de 23 mil millones de pesetas. La operación fue un éxito. Casi triplicaron la mayor expectativa, y por ello, el resto de ciudades, incluso en Euskadi, intentaron copiar la experiencia. El caso de Valencia y su *Ciudad de las artes y de las ciencias* es otro fracaso de la ansiedad arquitectónica, que nace con el año 92 y los eventos olímpicos. El problema de estos grandes proyectos es que no se utiliza ni se concibe como un proyecto comunitario a largo plazo, pues cuando cambia el gobierno se paraliza y cambia o cierran los propó-

sitos. En cualquier país civilizado, la construcción de una torre o gran conjunto arquitectónico hecho por estos arquitectos, que supera su coste y no sirve a su propósito, implica el cese y el procesamiento de sus promotores. En España, los promotores y políticos de estos proyectos siguen en pie, aunque se hundan los bancos y el ladrillo.

Según la teoría de la *incompletitud*, está comprobado que algunas cosas, que pueden ser aceptadas como verdaderas, nunca podrán ser demostradas como tales. Esta problemática es una de ellas, dado que, unos consideran que el fallo de muchas instituciones reside en que no se han analizado las necesidades culturales, otros creen que es un problema de la administración que no ayuda a los colectivos artísticos y algunos piensan seriamente en la necesidad de educación del público.

Estas y otras cuestiones, fueron las piedras angulares de un encendida interacción, de larga duración, entre los ponentes y el numeroso público asistente, que ávido de dar su opinión, no dudo en exponer su escepticismo ante este pan nuestro de cada día y sus propuestas para conseguir que los museos sean una casa abierta al arte para todos. Esperemos que esta notable participación ciudadana se siga notando en próximas convocatorias y actos de Erial Ediciones, en tanto que la cultura se hace, sobre todo, con el tejido social. ¿Qué sería del mundo sin el choque verbal y el intercambio de ideas imprevisible? Desde Erial Ediciones expresamos así nuestro agradecimiento al interés que la prensa ha mostrado sobre nuestro hacer y a los participantes, tanto ponentes como público en general, que ha mostrado de forma clara sus puntos de vista sobre un tema que levanta y levantará ampollas.

Entretanto, mientras nosotros debatimos sobre un espacio irreal en el centro de Zaragoza, el grito de Múnch, colgado en un museo de Noruega, sigue exhalando la desesperación de una clase media que no entiende el mundo que le ha tocado vivir.